

Resumen de la Catequesis

Familia, Creación de Dios: Lugar de Santidad

Del Evangelio según San Juan

13,1 Antes de la fiesta de la Pascua, Jesús sabía que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre. El que había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

13,2 Durante la cena, cuando ya había metido en el corazón a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle, sabiendo Jesús que el Padre había puesto todo en sus manos, y que había salido de Dios y a Dios volvía, se levantó de la mesa, se quitó sus vestiduras y, tomando una toalla, se la ciñó.

13,3 Luego echó agua en una palangana y se puso a lavar los pies de los discípulos, y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido.

13,4 Al llegar a Simón Pedro, éste le dijo: “¿Señor, tú vas a lavarme los pies?”

13,5 Jesús le respondió: “Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde.”

13,6 Replicó Pedro: “No me lavarás los pies jamás.” Jesús le respondió: “Si no te lavo, no tienes parte conmigo.”

13,7 Dijo Simón Pedro: “Señor, no sólo los pies, también las manos y la cabeza.”

13,8 Jesús le contestó: “El que se ha bañado no necesita lavarse, está del todo limpio, y vosotros estáis limpios, aunque no todos.” Sabía quién lo iba a entregar, y por eso dijo: “No todos estáis limpios.”

13,9 Después de lavarles los pies, tomó sus vestiduras, volvió a la mesa y les dijo: “¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado el ejemplo para que también vosotros hagáis lo que acabo de hacer con vosotros.”

13,10 En verdad, en verdad os digo, no es más el siervo que su amo, ni el enviado más que el que lo envía. Sabiendo esto, dichosos seréis si lo cumplís.”

(Juan 13, 1-10)

Palabra del Señor

Gloria a ti, Señor Jesús.

Hoy reflexionamos sobre el Evangelio que acabamos de escuchar. Jesús, al lavar los pies de sus discípulos, nos da un ejemplo profundo de servicio y humildad. Nos invita a reconocer que el lugar de la santidad no está en ideales ajenos a nuestra realidad, sino en la familia que Dios nos ha dado.

La santidad en nuestra vida cotidiana

San Agustín, en sus escritos, nos habla de la vida dichosa como la vida de santidad. En el Evangelio de hoy, Jesús nos dice: “Dichosos seréis si lo cumplís” (Juan 13:17). Dichosos, pero debemos tener cuidado de no caer en una visión errónea de la santidad. Cuando escuchamos la expresión "familia lugar de santidad", quizás nos venga a la mente la imagen de un lugar perfecto, sin conflictos. Pero esta no es la realidad. La santidad se alcanza justamente en el contexto de nuestras imperfecciones cotidianas.

La tentación del idealismo

Lo primero que debemos entender es que el enemigo de la santidad es el idealismo, que nos aleja de nuestra realidad. Es fácil sentir que nuestras familias no son un espacio ideal de paz y armonía, sino un lugar de conflictos y desafíos. La santidad no se alcanza en un mundo perfecto, sino en la vida que tenemos, con los hijos que tenemos, con el esposo o esposa con los que contamos. Si nos obsesionamos con una ideología de santidad perfecta, podemos acabar haciendo de la catequesis una distracción, alejándonos de lo que realmente vivimos.

La santidad en la familia

La verdadera santidad está en vivir la realidad tal como es: abrazar las imperfecciones de los demás y reconocer que Dios se manifiesta en la carne de Cristo, en cada miembro de nuestra familia. El camino hacia la santidad es vivir nuestra historia familiar, con ese esposo que parece distante, con esa esposa que no deja de hablar, con esos hijos que no hacen caso. Eso es lo que tenemos que vivir, y eso es lo que nos lleva a la santidad. La santidad no es una utopía, sino un llamado a vivir la presencia de Cristo en medio de nuestras imperfecciones.

La familia como lugar de relación y liberación

El maligno nos tienta a alejarnos de la realidad, distrayándonos con un idealismo que no existe. Sabe que nuestra verdadera felicidad está en tocar la carne de Cristo en los que amamos. Por eso su estrategia es hacernos ver que nuestra familia es un obstáculo en lugar de una fuente de salvación. El enemigo quiere que vivamos en el egoísmo, alejándonos de la relación auténtica que nos lleva a la santidad.

La familia, el matrimonio y la vocación son un llamado a la relación auténtica, un don de Dios. No estamos llamados a vivir para nosotros mismos, sino para el otro. Esta relación se ve amenazada por el individualismo y el egoísmo. Como el pueblo de Israel en el Éxodo, somos llamados a salir de la esclavitud de nuestro “yo” para vivir en comunión con el otro.

La importancia de la misericordia en las relaciones familiares

El juicio es una de las armas más poderosas del maligno para destruir las relaciones familiares. Cuando miramos al otro con juicio y reproche, creamos distancia, aislamos al otro y lo hacemos sentir culpable. Es fácil caer en la tentación de pensar que la infelicidad en nuestra familia es culpa de los demás: “Si tú fueras más amable, si hablaras más, si fueras menos desorganizado...” Pero el juicio, en lugar de ayudar, destruye las relaciones y nos aleja de la verdadera vocación familiar, que es vivir en amor y unidad.

Debemos preguntarnos: **¿cómo miramos al otro?** ¿Lo miramos con juicio o con misericordia? Jesús nos enseñó a mirar con misericordia, tal como lo hizo con Pedro cuando este se mostró reacio a que le lavara los pies. En lugar de reprocharle, Jesús le explicó con paciencia: “Si no te lavo, no tienes parte conmigo” (Juan 13:8). Jesús no solo aceptó la debilidad de Pedro, sino que la transformó en una oportunidad para enseñarle sobre la verdadera santidad, que se vive en la humildad y el servicio.

La misericordia, entonces, es la clave para vivir las relaciones familiares con el corazón de Cristo.

Mirar con misericordia significa no solo perdonar las faltas del otro, sino también reconocer nuestra propia miseria, nuestras limitaciones y la necesidad de gracia. No se trata de esperar que el otro sea perfecto, sino de estar dispuestos a bajar de nuestro pedestal y ofrecer nuestro amor y perdón sin condiciones.

En lugar de mirar con juicio, estamos llamados a mirar con misericordia. Esto implica abrirnos a la vulnerabilidad del otro, como lo hizo Jesús al inclinarse ante la miseria humana de sus discípulos. **La misericordia no busca la perfección del otro**, sino que se entrega al otro tal como es, con sus virtudes y defectos. La verdadera santidad no está en exigir que los demás cambien, sino en amarlos tal como son y en servirles con humildad, **como Jesús lo hizo al lavar los pies de sus discípulos**.

Así, la misericordia se convierte en el camino para sanar nuestras heridas familiares. Nos enseña a ser pacientes, a escuchar sin condenar, a perdonar sin reservas, y a ver al otro como un hermano o hermana, digno de nuestro amor y respeto. Cuando vivimos la misericordia, **transformamos las tensiones y dificultades familiares en oportunidades de crecimiento espiritual**, porque estamos permitiendo que el amor de Dios se manifieste en medio de nuestras debilidades y diferencias.

La familia como lugar santo

La familia es un lugar santo. Así como Moisés tuvo que quitarse las sandalias antes de acercarse a la zarza ardiente porque el lugar que pisaba era santo (Éxodo 3:5), también nosotros debemos acercarnos a la familia con humildad y respeto. No con una actitud de superioridad, sino reconociendo que todos necesitamos amor y misericordia.

Conclusión

La santidad no es un ideal lejano, sino una realidad que se vive en el día a día, especialmente en las relaciones más cercanas, como la familia. Nos hemos olvidado de que nuestra vocación es relacionarnos con los demás, no desde el juicio y el egoísmo, sino desde el amor, la misericordia y el servicio. En cada momento difícil, en cada desafío familiar, podemos encontrar una oportunidad para acercarnos más a Cristo, tocando su carne en aquellos que amamos y dejándonos tocar por ellos.

Que el Señor nos dé la gracia de ver a Cristo en cada miembro de nuestra familia y de permitir que Él nos lave los pies, nos cure y nos transforme, para que podamos vivir la verdadera santidad en nuestras familias.

Amén.